

La Encrucijada de la Interdisciplinariedad: Avatares en la Tierra de Nadie (Intra-etnografía y Autoextrañamiento)

Ester Massó Guijarro, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, España

Resumen: Propongo aquí un ejercicio de etnografía (a través un proceso de autoextrañamiento) aplicada a mi propia trayectoria investigadora, disciplinaria y curricular, a raíz de mi experiencia como licenciada en filosofía y en antropología, con una experticia en cooperación al desarrollo y desde el campo regional de los estudios africanos (doctorada con una tesis de antropología africanista en un departamento de filosofía sin tradición al respecto). Propongo reflexionar sobre la intersección que hallamos entre estas diferentes disciplinas, campos y ámbitos regionales de estudio, con sus particulares herencias, costumbres, rituales y rigores, epistemologías, tradiciones de transmisión, metodologías, empirismos, investiduras o nomenclaturas, desde mi propia experiencia bio-bibliográfica y mi propia construcción de currículo. El objetivo final es la epojé de todo ello, la suspensión de juicio sobre la realidad, o bien la relativización sobre cada una de esas experiencias disciplinarias, el proceso de estudio que deviene de su encuentro (encrucijada) y la emergencia de la "tierra de nadie" (incómoda y a la vez libertaria) en la investigación. Podría decirse, pues, que trataré de ensayar una "etnografía" de la propia trayectoria académica iluminada por una reflexión filosófica.

Palabras Clave: Interdisciplinariedad, Auto-etnografía, Antropología, Filosofía, Africanismo, Currículo, Academia

Abstract: The aim of this article is an exercise in ethnography (through a process of self-estrangement) applied to my own research career, discipline and curriculum, as a result of my experience with a bachelor in philosophy and anthropology, with a master in development cooperation and from the African studies (with an Africanist anthropological thesis, defended in a department of philosophy with no tradition about it). I propose to reflect on the intersection, controversial in itself, we find between these different disciplines, fields and regional study areas, with their particular heritage, customs, rituals and rigors, epistemologies, transmitted traditions, methodologies, empiricism, endowments or classifications, from my bio-bibliographical experience and the building of my own curriculum. The ultimate goal is the epoche, the suspension of judgment about reality, or the relativism on each of those disciplinary experiences, the study process coming from its meeting (crossroads) and the emergence of the "land of no one" (uncomfortable while libertarian) in the investigation. Arguably, then, I'll try to test an "ethnography" of my own academic path illuminated by philosophical reflection.

Keywords: interdisciplinarity, auto-ethnography, anthropology, philosophy, Africanism, curriculum, academy



Prolegómenos: la consideración de los nombres e infringiendo las reglas

“Initium doctrinae sit consideratio nominis”, el principio de toda exposición debe ser la *consideración de los nombres*” (Epicleteo, en Bueno Martínez, 2006: 233).

“No soy lo bastante erudita para ser interdisciplinar, pero puedo infringir las reglas” (Spivak, 2010: 11).

PROPONGO AQUÍ UN ejercicio de etnografía (a través un proceso de autoextrañamiento) aplicada a mi propia trayectoria investigadora, disciplinaria y curricular, a raíz de mi experiencia como licenciada en filosofía y en antropología, con una experticia en cooperación al desarrollo y desde el campo regional de los estudios africanos (doctorada con una tesis de antropología africanista en un departamento de filosofía sin tradición al respecto). Propongo reflexionar sobre la intersección que hallamos entre estas diferentes disciplinas, campos y ámbitos regionales de estudio, con sus particulares herencias, costumbres, rituales y rigores, epistemologías, tradiciones de transmisión, metodologías, empirismos, investiduras o nomenclaturas, desde mi propia experiencia bio-bibliográfica y mi propia construcción de currículo. El objetivo final es la *epojé*¹ de todo ello, la *suspensión de juicio sobre la realidad*, o bien la relativización sobre cada una de esas experiencias disciplinarias, el proceso de estudio que deviene de su encuentro (encrucijada) y la emergencia de la “tierra de nadie” (incómoda y a la vez libertaria) en la investigación. Podría decirse, pues, que trataré de ensayar una “etnografía” de la propia trayectoria académica iluminada por una reflexión filosófica.

El interés de realizar tal trabajo de auto-etnografía está bien lejos de la egolatría o el narcisismo. Antes bien, radica en dos razones claras e intuitivas: en primer lugar, conozco de primera mano mi propia experiencia, lo cual no puede suceder en ningún otro caso; en segundo lugar, yo misma soy la única persona de la que *yo misma* puedo elaborar esta reflexión sin ofender a nadie y tomándome todo tipo de libertades. Estoy más que moralmente autorizada a hablar de mí misma, aunque sea mal. Asumo gustosa, pues, esta condición de conejillo de indias metodológico para guiarnos en una reflexión que, espero, pueda estar teñida de toda la (bienintencionada) ironía que cualquiera debe saber desarrollar frente a sí misma y frente al mundo.

Antes de sumergirnos plenamente en este experimento, deseo reflexionar sobre las distintas maneras de abordar la complejidad en el término “disciplinar”, solidificadas en los siguientes vocablos: “interdisciplinar”, “multidisciplinar” y “transdisciplinar”. Realicemos primeramente algunas breves aclaraciones y precisiones sobre tales nociones. Como sucede, en otros ámbitos, con los términos de moda “internacional”, “multinacional” y “transnacional”, a menudo son usados de modo indistinto, cuando, en realidad, sus matices quedan muy claramente explicitados en los prefijos. Para el caso que nos ocupa, guiándonos por tales prefijos “inter”, “multi” y “trans” añadidos a “disciplinar” y consultando simplemente el DRAE², resulta fácil comprender que:

¹ En su clásico sentido husserliano (Husserl 2002), como un cambio fundamental de actitud no sólo respecto al conocimiento y a las teorías sino también frente a la realidad misma, un cambio de actitud que Husserl describe con las imágenes de “poner entre paréntesis” (*Einklammerung*) o “desconexión” (*Ausschaltung*) de la cotidianeidad, como presupuesto metodológico para la reducción fenomenológica.

² En todo momento seguí la versión electrónica del Diccionario de la Real Academia Española (<http://buscon.rae.es/draeI/>).

- “Interdisciplinariedad” aparece definido como “cualidad de interdisciplinario”, y éste como “dicho de un estudio o de otra actividad: que se realiza con la cooperación de varias disciplinas”. Así, la cooperación aquí parece ser la clave, y por tanto el acuerdo de varios, la puesta en común e incluso el consenso.
- “Multidisciplinariedad”, desafortunadamente, no queda aún recogido en el DRAE, pero es de presumir que se trate solamente de una cuestión de tiempo, ya que “multidisciplinar” (su condición) sí aparece definido como “que abarca o afecta a varias disciplinas”. Se presenta como artículo nuevo (“avance de la vigésimo tercera edición”), lo cual refuerza la impresión de que, acaso en breve, la primera palabra quede también fijada por esta institución. Así, en esta noción es la cuestión del *número* lo que parece clave (frente a la *relación*, en el punto anterior): *varias* disciplinas, sin apelarse o sugerirse necesidad de que cooperen o concuerden; solamente que *concurran*. Ciertamente podemos debatir si la mera concurrencia no es ya una suerte de concordia, o si al menos la voluntad de tal concordia ya implica algún consenso, aunque sea solamente en tal voluntad, pero por ahora nos quedaremos con las definiciones más sencillas.
- “Transdisciplinariedad” no aparece tampoco aún en el DRAE; ni siquiera lo hace “transdisciplinar”. Sin embargo, a la luz del punto anterior, y corroborando que los términos análogos de “multinacional” o incluso “transnacional” sí están ya efectivamente recogidos en el DRAE, podemos presumir que se trata de una mera cuestión de tiempo que nuestra institución lingüística por antonomasia *limpie, fije y dé esplendor* a aquellos vocablos. Y, como más importa en esta palestra, los términos “transdisciplinariedad” y “transdisciplinar” ya son abundante y generosamente usados en las ciencias sociales, de modo que cuentan con una legitimidad académica y científica creciente. Usando, pues, el ejemplo de “transnacional” como analogía plausible (ya que “transnacionalidad” o “transnacionalismo”, de nuevo, están ausentes en el DRAE), hallamos ésta definida como “Que se extiende a través de varias naciones”. Así, “transdisciplinar” podría muy bien definirse como “que se extiende a través de varias disciplinas”. Aquí encontramos un matiz de extensión y de ocupación, frente al de la mera concurrencia en el “multi” y el de la mutua cooperación en el “inter”.

Con todo, tras este humilde análisis etimológico, y a pesar de que efectivamente encontramos matices diferenciales en cada uno de los tres términos, pienso que continuamos tratando de tres definiciones que difícilmente se dan por separado en la práctica real. Difícilmente un enfoque interdisciplinar no es también multi y transdisciplinar, o viceversa. Para mi caso particular, de hecho, asumo que no puedo hablar nítidamente de una trayectoria inter, multi o transdisciplinar de modo taxativo, y que más bien he ido incurriendo (*infringiendo las normas*, recordando a Spivak) en una y en otras, según mi propia capacidad o mis condiciones me han permitido, con una fortuna desde luego más que oscilante.

Así, en mi caso, tal inter-multi-transdisciplinariedad se ha operado en la encrucijada o intersección fundamentalmente de dos disciplinas o áreas: una que puede englobarse en “humanidades”, a saber, la filosofía (aunque yo diría que ésta desborda bastante por su misma esencia las llamadas humanidades; ha sido denominada también, por ende, “más que área, *hectárea*”, no recuerdo ahora por qué eminencia); y otra que puede calificarse como “ciencia social”, a saber, la antropología social y cultural (si bien también ésta es peculiar y bastarda en el seno de la propia ciencia social, denominada por Eric Wolf *la más científica de las humanidades y la más humanista de las ciencias*³, entre otros atributos). Ambas con sus

³ La cita literal de Eric Wolf es “la antropología es la más humanista de las ciencias, y la más científica de las humanidades” (Ferrándiz Martín 2011: 15).

particulares historias y métodos, con sus exigencias diferenciales en aspectos varios (temporales, competenciales en diversos niveles, habilidades, etc.). Y, complementario a todo ello, se añade para mí el enfoque regional de los estudios africanos (catalogado ahora como “estudios culturales”⁴ en la ANEP⁵, por ejemplo), asimismo con sus muy idiosincrásicos caracteres, costumbres, huellas, *habitus*⁶...

En el propio currículo y en las conversaciones académicas al respecto, es bien habitual referirse a lo que “se es” de (de) formación como “lo que se ha estudiado” o aquello en lo que una se ha licenciado. Ello es lo que abre al mundo y también lo que limita o circunscribe. En mi caso, según en qué contexto me hallo, escojo decir “soy filósofa” o bien “soy antropóloga” (hablo de contextos profesionales, por supuesto; si me preguntan mi “profesión”, como tal, en el médico o en la clase de mi hijo pequeño, como mucho digo que soy “profesora” –cosa que casi nunca he sido- o “investigadora”, con lo cual finalmente nadie se entera muy bien sobre a qué me dedico. Pero eso ya es otra cuestión⁷).

En filosofía, en antropología, en estudios africanos, en el campo de la cooperación... nos hallamos como es evidente con aspectos variopintos que difieren en gran medida y que, con frecuencia, dificultan una posible armonización o incluso entendimiento entre personas con culturas científicas dispares a tales respectos. Así, encontramos matices variados en las epistemologías (teorías) que sean de gusto o de moda o no lo sean, en las tradiciones de transmisión específicas (los congresos o eventos en general), en los ritos de paso (las diversas investiduras, trabajo de campo, dónde y cómo te bautizas, qué te legitima, a través de qué méritos cambias de estatus); incluso en las formas de escribir: las nomenclaturas, el uso de la primera o tercera persona, o bien el plural –¿científico? ¿De cortesía? ¿Mayestático?; el uso de genéricos como “el hombre”, aún muy aceptado en ciertos círculos filosóficos y absolutamente denostado, en general, en los antropológicos; las dificultades específicas de cada área (como el ejemplo del aprendizaje de la lengua nativa para realizar un trabajo de campo, como valor o dificultad añadida). Y un largo etcétera, pues, que trataré de desgranar y agrupar en los siguientes epígrafes. (Como es evidente, todos los temas que he ido reparatiendo por tales epígrafes se relacionan de modo íntimo, así que su desagregación obedece simplemente a una intención de organización heurística más que a una cuestión esencial.)

Metodologías y epistemologías: los *intestinos* disciplinarios

Cuando estudiaba la carrera de filosofía a menudo se comentaba en las clases cómo Immanuel Kant había vivido toda su vida en su pueblo natal, Königsberg, en la antigua Prusia, de donde prácticamente nunca salió. Se comentaba con admiración cómo había podido pensar todo lo que pensó, imaginar y escribir la *Crítica de la razón pura*, sin salir de su pueblo. Vivió, pensó y escribió en alemán.

Bronislaw Malinowski, nacido en Polonia, vivió durante muchos años en Papúa Nueva Guinea, aprendiendo la lengua local (y trabajando en ella, pues), y escribió su obra en inglés. Es un pope de la antropología. Para las y los antropólogos, la larga permanencia en el lugar *otro*, el valor de la polifonía, el esfuerzo poliglósico, incluso el arresto y hasta riesgo físicos (pensemos en las malarías, los accidentes...), con su imponderable elemento de aventura,

⁴ En un sentido ideológica y claramente distinto al teórico que aporta Reynoso (2000).

⁵ ANEP: Agencia Nacional de Evaluación y Prospectiva (España).

⁶ En el sentido bourdieuano (Bourdieu 2001).

⁷ En el panorama antropológico español se viene luchando desde hace largo tiempo por la creación de un colegio profesional y el establecimiento de una definición operativa, concisa y comprensible, sobre lo que sea “ser antropólogo/a”. En el último congreso de la FAAEE en León (septiembre 2011) comentaba María Valdés, destacada figura de estas contiendas, que tal definición habría de ser comprensible para nuestras hijas pequeñas. Desafiante tarea.

la casi emigración vital y epistémica, la veneración metodológica del viaje... todo ello son *objetivos*, horizontes, claves históricas, clásicas y esenciales de la disciplina.

En antropología, la etnografía constituye el método por antonomasia, la joya de la corona por así decir, insignia distintiva de la disciplina. En ella, el “haber estado” (*yo estuve allí*) es lo que otorga la legitimidad metodológica y epistemológica a la persona investigadora, lo que nos bautiza; nuestro rito de paso disciplinario. En Kant encontrábamos el “haber pensado” versus la necesidad imperiosa del “haber estado” en Malinowski, clave fundamental en un trabajo etnográfico y antropológico.

La traslación o no, el lugar físico donde se deba legítimamente realizar una investigación, no es cuestión baladí. Ahora gozan de mucho predicamento, por ejemplo, los llamados “multisited studies”, estudios o etnografías multisituados (Ferrándiz Martín 2011: 204), sobre todo en el área de antropología y en ciertas temáticas concretas como el de las migraciones (éste por razones obvias) o la cooperación. En cambio, en el área de filosofía el lugar físico donde realicemos nuestra investigación a menudo carece de relevancia para la misma (siempre que se cuenten con unos mínimos de bienestar, como es evidente). Ciertamente es, sin embargo, que las políticas científicas de toda área (también la filosófica) potencian y valoran las redes internacionales de forma creciente (la internacionalización, como ahora se dice), pero esto es otra cuestión que obedece a factores distintos.

Todo ello, que pudiera parecer anecdótico, implica en realidad el establecimiento de asunciones tácitas para escalas de valores simbólicas en ambas disciplinas. Pero donde la cosa *pica más*, como suele suceder, es en África. En cuanto al llamado “africanismo”, recogido como decía en la ANEP actualmente como “estudios culturales”, encuentro objeciones epistemológicas a ambas categorizaciones. Empecemos con lo de *ser africanista*. Reconozco que menudo he afirmado que soy “africanista” para entendernos, por así decirlo, en ciertos contextos. El grado de regionalización disciplinar llega a alcanzar cotas insospechadas, apelando por ejemplo a regiones muy concretas de ciertos países africanos. Yo realicé mi tesis sobre un movimiento secesionista al norte de Namibia, en la denominada región de Caprivi. Pues bien, en contacto con los colegas que han abordado este campo, me topé con que se me había catalogado con el interesante epíteto de “Capriviianist”, “capriviianista”. Aparte de lo cacofónico, me resulta incómodo pensar en mí misma como en “especialista” en una parte de África (¿acaso miembro del selecto y exiguo club de “capriviianistas” en el mundo...?). ¿Especialista en qué? ¿En su lengua, en su historia –precolonial, colonial, poscolonial...-, en sus bailes regionales, en sus partidos políticos, en sus costumbres con respecto a la atención al parto, en su comida, en su fauna, en su sistema de cableado...?

Dicho de otro modo, ¿por qué para África nos sentimos legitimados a reducir epistemológica y científicamente la amplia gama de áreas de estudio que sí aplicamos para Europa, por ejemplo, a la sola expresión de “estudios africanos”? Y ello nos conduce a la denominación de “estudios culturales” que hallamos en la ANEP. En África, como en Europa o donde fuere, hay demasiada complejidad para resolverlo con un “estudios culturales”. ¿“Culturales” de qué? ¿Qué aspecto de la cultura? ¿“Capriviianista” de qué parte y aspecto de Caprivi? Mi tesis abordó cuestiones políticas y de identidades ciudadanas; no pasó de ahí, y ya ese mismo objetivo probablemente lo desempeñó de modo regular e incompleto, porque difícilmente se puede aprehender el todo. Yo no sé “cómo se casan” en Caprivi, por ejemplo, que fue una de las preguntas que me realizó un miembro de mi tribunal de tesis, antropólogo a la sazón. Seguramente sea muy interesante cómo se casan en Caprivi, pero mi interés se centraba sobre ciertos aspectos políticos y de autoridad tribal, no sobre las ceremonias de boda. Tratar de homogeneizar una mirada, o un campo de estudios, porque hablamos de África, no es sino una reedición de la vieja exotización que Occidente siempre ha realizado

sobre, básicamente, todo lo que sea él mismo. Por suerte, los estudios y enfoques poscoloniales vienen a salvarnos de estos riegos.

En cualquier caso, a menudo encontramos en los ámbitos de estudios africanos, desafortunadamente, aún cierto regusto decimonónico (por no decir “del tiempo colonial”), como constatamos en el hecho, por ejemplo, de que para poder formar parte de ciertos grupos de estudios africanos (*entrar en el club*), sea necesaria una carta de recomendación de algún miembro del grupo (al más puro estilo masónico o de la alta sociedad en los clubes de campo norteamericanos), no bastando la mera condición de persona investigadora en cuestiones afines. Es sabido que la igualdad es un buen concepto que aplicar a nuestros estudios de campo, pero absolutamente ajeno e inconmensurable en multitud de estructuras académicas, lo que me resulta siempre moralmente escandaloso. Sin embargo, este hecho deviene bastante más escandaloso cuando las instituciones que lo practican estudian sobre África tratando de descolonizar un imaginario colonial. Pero esto, de nuevo, ya es otro tema.

‘Temas que importan’, artículos, tesis y tribunales...: las ‘condensaciones’ disciplinarias

Abordemos ahora algunos tipos distintos de *condensaciones* disciplinarias. Los *temas que importan* en cada disciplina y área de las que estamos explorando pueden variar tan radicalmente que desconcertarían realmente a un extraterrestre que viniera a visitarnos y hacerse una idea del panorama científico-humanista de la Tierra. El asunto que puede resultar vital para una disciplina, podrá ser tan absolutamente banal para otra que roce lo irrisorio, incómodo o impertinente. Pienso ahora en pañales y fulares. En una conversación reciente con una colega jurista, ella comentaba con cierto desdén cómo veía, efectivamente, de una supina banalidad que los grupos de madres y apoyo a la crianza organicen talleres de fulares y de pañales de tela, por ejemplo, considerando que tales prácticas no *son* conocimiento, o no al menos uno que amerite lo suficiente para materializarse en un taller (frente a, por ejemplo, tomar clases de conducir –*sic*–). Es decir, hay asuntos que sí pueden enseñarse (como conducir un coche) y otros respecto a los cuales es baladí pretenderlo (como colocar un fular portabebés o un pañal de tela).

Mi racionalidad y mi corazón, acerdamente amamantados por la antropología, en cambio, se maravillan de las prácticas como las mencionadas, considerándolas un ejemplo digno de aplauso de cómo las mujeres reclaman sus propias epistemologías silenciadas, creando redes de apoyo, cuidado, solidaridad recíproca entre ellas, desde el altruismo y la compartición de conocimientos comunes que rozan, en una sociedad capitalista e individualista, casi el arte: conozco a pocas personas en Occidente capaces, sin un cierto entrenamiento previo, de anudarse con éxito y habilidad un fular para portar un bebé o de colocar un pañal de tela en medio el insurgente pataleo de su lactante (en cambio, cuando estuve en Namibia pude comprobar cómo las niñas pequeñas se ataban solas a sus muñecas a la espalda con grácil soltura). Y, si acudimos a la significativa reducción del impacto ecológico que implican los pañales de tela frente a los desechables, o a los numerosos beneficios que estudios desde la psicomotricidad hasta la psicología y la neurología pediátrica atribuyen al porteo para los bebés, desde luego que nos hallamos ante actividades y prácticas con una altísima incidencia en los niveles de bienestar social y medioambiental.

Es decir, para mí como antropóloga los anteriores constituyen fabulosos ejemplos de *temas que importan*, y prácticas e intervenciones ciudadanas de primerísima importancia. Cómo se nos viste el alma “académica”, a qué somos sensibles está muy determinado por la disciplina en que nos hemos formado. Ante ello siempre me surge la insidiosa pregunta

de qué es antes o después: la disciplina o la tendencia, la intención, y de si mucho antes de formarnos en tal o cual disciplina ya nos sentimos sensibles a tales o cuales temas, y por ello escogemos lo que escogemos y no otra cosa. Probablemente es todo junto. Como decía Saramago, *los seres humanos somos así, lo sentimos todo al mismo tiempo*.

Concretamente en la antropología, pues, suele valorarse especialmente el conocimiento *pedestre* (en su sentido altamente positivo que ya vindiqué en otro trabajo –Massó Guijarro 2010–); todo aquello que ampliamente juzgamos como cultura y que trasciende con mucho el conocimiento erudito, desde cómo un pueblo hace sogas o friega los suelos hasta cómo resuelven las ancianas las mastitis de las jóvenes lactantes sorbiéndoles los pechos o colocándoles grandes hojas de col. Eso es conocimiento relevante para la antropología. Hoy mucho de ese conocimiento se reclama desde el pensamiento poscolonial (Spivak 2010) y el giro decolonial (Grosfoguel 2009), y en conceptos tan afortunados a mi juicio como conocimiento subalterno (Mignolo 2000) o epistemologías y narraciones silenciadas (Grosfoguel 2009). Grupos mestizos como Territorio Doméstico, formado por trabajadoras del hogar, de diferentes nacionalidades, que reclaman el cuidado como trabajo desde todas sus perspectivas (“porque sin nosotras no se mueve el mundo”), constituyen no solo ejemplos paradigmáticos para ser analizados desde el enfoque de la interseccionalidad⁸ en el género, por ejemplo, sino también muestras de este conocimiento *pedestre* valorado por la antropología.

En la filosofía, en cambio, lo que tradicionalmente se ha considerado cuestiones de relevancia (filosóficamente serias), solían ser bien distintas, bastante menos pedestres y con frecuencia bastante más evanescentes y abstractas (el alma... el bien... la obligación moral...). Casi siempre se gestaban en las cabezas y los corazones de hombres blancos occidentales bien alimentados y francamente desocupados, con pr entales bien alimentados y francamente desocupados. También en la antropología, por ocupaciones propias de hombres blancos occid supuesto, encontramos este sesgo, absolutamente transversal hasta hace no mucho tiempo en cualquier ámbito de conocimiento. Las cosas cambian, por supuesto y por fortuna. Justo es decir, en aras de la verdad, que la filosofía contemporánea aborda temas y cuestiones tan rupturistas como los derechos para los animales de otras especies o sobre nuestra “colonialidad atmosférica” en Occidente. Hoy hay incluso filósofas (pensemos en Stella Villarnea y en mi propio interés al respecto⁹) que reclaman, por ejemplo, el embarazo, el parto, el puerperio y la lactancia como asuntos filosóficamente relevantes y que ameritan un tratamiento tal, con una densidad epistemológica que nada tiene que envidiar a otros asuntos largamente tratados por la tradición filosófica.

Esta cuestión de los temas que importan desafía mucho más de lo que pudiera parecer y contiene genes, a veces, rotundamente revolucionarios. Considerar filosóficamente digna de estudio la lactancia materna, por ejemplo, no solo atenta contra el patriarcado sino también, muy particularmente, contra el feminismo ilustrado, que sostiene que amamantar es alienante (cf. Amorós Puente 1990) y que, *también en esto*, es pues menos alienante emular la conducta corporal masculina¹⁰ y no amamantar, incluso medicándose para inhibir la producción de leche, si es preciso (y aumentando con ello varios puntos, entre otros factores, del riesgo de

⁸ Cfr. Anthias (2012), entre muchas otras.

⁹ Ver por ejemplo Villarnea Requejo (2012), Villarnea Requejo y Fernández Guillén (2012) y Massó Guijarro (2011).

¹⁰ Si bien no es el objeto de este texto profundizar en las asunciones de sexo/género y su subversión desde el posfeminismo de Butler (2008), por ejemplo, apunto al menos que considero necesario hacerse eco de este enfoque en las reflexiones sobre lactancia materna en el mundo contemporáneo.

padecer depresión, hemorragias uterinas, cáncer de pecho, de ovarios y osteoporosis... resumiendo mucho).

En cuanto a las evaluaciones expertas, mi propio tribunal de tesis constituye un ejemplo nítido del germen intrínsecamente polémico que anida en la interdisciplinariedad. Como indiqué al comienzo, me doctoré con una tesis de antropología africanista en un departamento de filosofía sin tradición al respecto. Así, la misma composición de mi tribunal fue híbrida e interdisciplinar, lo que no implica, como sabemos, que los propios miembros fueran también híbridos e interdisciplinarios. De hecho, las disputas internas durante mi defensa de tesis devinieron una muestra divertida (sobre todo para mí, cuando los “ataques” dialécticos no eran “contra” mí sino entre mis propios jueces) de cómo las distintas ópticas disciplinares producen, ante el mismo objeto académico (en este caso mi tesis), dictámenes opuestos a veces incluso diametralmente. Mientras que a un filósofo experto en antropología filosófica le “sobraba” concreción y le faltaba una cierta perspectiva “europeísta”, a un historiador antropólogo africanista le parecía que mi texto mostraba mi vocación de activista comprometida por los derechos humanos y la democracia, todo ello con ciertos tintes excesivos de europeísmo occidental (léase, con excesivas ganas de salvar el mundo); entretanto, a un tercer antropólogo africanista le “faltaban datos” sobre particularidades etnológicas de Caprivi. Ni qué decir que constituyó una defensa realmente ilustrativa para mí sobre estas cuestiones que debatimos aquí y, desde luego, sumamente entretenida.

En cuanto al modo de escribir, qué y cómo se presenta, podemos considerar los artículos (y documentos científicos en general) un modo crucial de *condensación* de las investigaciones. En tales condensaciones hallamos igualmente varianzas clave, consistentes con todo lo dicho hasta el momento. En un artículo (o ponencia o comunicación) de filosofía, importarán especialmente la buena construcción y la ilación de los contenidos, las formas, la gramática; no incurrir en falacias de tipo lógico, la coherencia y buena fundamentación entre los argumentos, etc. Si bien es cierto que tales valores son siempre agradecidos en cualquier exposición escrita, en un artículo antropológico se pedirá más bien (sobre todo desde ciertas revistas especialmente comprometidas con la orientación más científicista de la disciplina) que el artículo siga el formato clásico de una investigación de ciencia experimental (introducción, objetivos, metodología, exposición y discusión de resultados, conclusiones) y que ofrezca datos empíricos novedosos, debidamente analizados a la luz de determinados enfoques. En cuanto a un artículo para una publicación de estudios africanos (y si bien las variaciones entre los distintos tipos de revista en este ámbito y sus orientaciones son igualmente numerosas), en general será imprescindible la experiencia de campo y la nutrición con muchos y novedosos datos (desde lo histórico a lo actual), si bien los aspectos metodológicos puedan considerarse menos importantes, no se precisará que tales datos sean analizados según ciertos rigores epistemológicos ineludibles para una antropóloga estricta... ni desde luego los fundamentales señalados para el caso de la filosofía, decididamente de relevancia menor.

La cuestión del retorno o la transferencia, el qué se “devuelve” o proporciona de bueno a la sociedad, es cambiante también por temas y disciplinas. Por ejemplo, en los trabajos científicos desde las éticas aplicadas, existe la manifiesta y contundente vocación de *convencer* con argumentos inapelables y, con ello, contribuir al progreso moral y al bienestar de las sociedades (llegado el caso, pues, se persigue cambiar políticas públicas, etc.). Los estudios realizados desde la cooperación poseen un sentido práctico unánime, de aplicación y de intervención. En cambio, un ensayo antropológico o filosófico relativo a cuestiones diversas no tiene por qué buscar intervenir o mejorar en un sentido empírico, por ejemplo, y de aplicación tangible e inmediata. Así, en resumen, lo que se espera de unas u otras producciones científicas es también distinto de raíz, según dónde nos hallemos.

Congresos: las *desembocaduras* y *romerías* disciplinarias

En los congresos, conferencias o eventos científicos en general, nuestras particulares romerías disciplinarias, hallamos la desembocadura de multitud de investigaciones. Allí además se solidifican o verifican, con frecuencia, las tendencias y valoraciones simbólicas diferenciales de que venimos hablando.

En mi experiencia hasta la fecha he asistido principalmente a tres grandes tipos o categorías de congresos:

- Los de *disciplinas*: algunos ejemplos son el Congreso de Filosofía Joven, el Congreso de la Federación de Asociaciones de Antropología del Estado Español, el Congreso de la Sociedad Académica de Filosofía, el Congreso Mundial de Sociología, el Congreso Mundial de Filosofía del Derecho... etcétera. Como es obvio por los mismos títulos, aquí es la disciplina (filosofía o antropología, sociología o filosofía del derecho), lo que aúna, lo que opera como catalizador para las personas investigadoras que acuden al evento. Las temáticas son plurales, los intereses regionales son plurales... lo que conuerda es el enfoque metodológico/epistemológico, el “aire de familia” teórico.
- Los de *área regional* (o en terminología de la ANEP, “estudios culturales”): aquí se engloban, por ejemplo, los Congresos de Estudios Africanos en el Mundo Ibérico (que abarcan los Estados de España y Portugal) y los ECAS, los European Conference of African Studies (los hay también, por supuesto, a escala transcontinental). Aquí es el interés por el continente lo que hace concurrir a la comunidad investigadora. Frente a la tipología anterior, que englobaba por disciplina, los estudios africanos abarcan casi cualquier disciplina: el último ECAS, en Uppsala, congregó desde personas antropólogas hasta físicas, pasando por geógrafas, psicólogas, politólogas o médicas. Es cierto que la antropología, especialmente desde el tiempo colonial, fue una disciplina privilegiada para el estudio de África por la cuestión exotizante, ya mencionada, pero por fortuna la especialización de estudios por área va limando cada vez más esta cuestión (y a pesar de la persistencia del gusto por las denominaciones como las mencionadas “capriviánista” o “africanista”... aún no conozco a ninguna académica africana que estudie algún aspecto de Europa y se llame a sí misma por ello “europeísta”, pero tal vez es cuestión de tiempo...).
- Los *temáticos*: por ejemplo, los eventos sobre migraciones (recientemente asistí al Congreso Internacional sobre Migraciones en España) o sobre lactancia materna, como los de la Federación de Asociaciones por la Lactancia Materna o los Congresos Españoles de Lactancia Materna (estos son, por cierto, mi definitiva heterodoxia). Aquí el catalizador no es ni el área ni la región, sino el tema. Así, se pluraliza también tales espectros: en estudios migratorios, por ejemplo, encontramos investigadoras de disciplinas varias y con enfoques regionales varios. En los congresos de lactancia encontramos desde médicas y enfermeras hasta psicólogas, antropólogas y filósofas, terapeutas sexuales y, por ende, el “alma” de estos encuentros: los grupos de base, movimientos sociales altruistas liderados por mujeres lactivistas, un ejemplo alucinante de cómo todo lo personal es político (y *todo lo sexual es político*).

Cada tipología de congreso y cuál sea su catalizador (¿disciplina?, ¿área regional?, ¿tema?) determinan o al menos influyen de forma clave qué se valora, pondera, desea, financia o espera por sus comunidades científicas. Así, cuando he presentado en un encuentro de filosofía política algún trabajo sobre autoridades tradicionales en África austral, incluyendo la exposición de ciertos documentos gráficos, alguien me ha llamado el “florero” del congreso (creo

que no, desde luego, como algo precisamente encomiable). En cambio, tales documentos gráficos y enfoques son aplaudidos entusiastamente en congresos regionales o de disciplina antropológica.

En los congresos africanistas no suele faltar, como actividades complementarias, algún congreso de djembé senegalés, alguna danza malgache, etc. En cambio, en los congresos de disciplina antropológica, nos solazamos con alguna conferencia ofrecida por un pastor trashumante y un concierto de rabel antiguo. En los congresos de migraciones se proyectan documentales sobre intervención social al respecto. Un congreso de filosofía joven, por ejemplo, con una temática vanguardista, aporta como actividad complementaria una performance. En los congresos de lactancia se ofrece algún seminario práctico sobre el agarre precoz y la resolución de dudas (además de que hay guardería y se puede acudir a las ponencias con el propio lactante, lo que es absolutamente revolucionario, y desde luego inimaginable en la mayoría de conferencias). Así, vemos cómo cada espacio, cada comunidad, se desarrolla según lo que casi (o sin casi) podríamos considerar su propia cultura, su propio habitus, con prácticas que resultarían las más de las veces inconmensurables entre unas y otras modalidades disciplinarias.

Centros y estancias de investigación: los ‘santuarios’ disciplinarios

Los distintos centros de investigación donde realizamos estancias (o bien somos contratados o de plantilla) constituyen lo que podemos denominar los santuarios disciplinarios. Santuarios en su doble acepción de “templo en que se venera la imagen o reliquia de un santo de especial devoción” y de “tesoro de dinero o de objetos preciosos que se guarda en un lugar”, en su uso más coloquial (si atendemos a la escasa transferencia o retorno sociales de conocimientos que a menudo puede imputársele a las investigaciones). Los centros de investigación, además, como santuarios que son, otorgan el sentido y el destino, operando así como comunidades investidas de la autoridad (de *divinidad*) científica con poder para legitimar (*benedicir*) o excluir (*excomulgar*). En muchos casos, la realización de ciertas estancias de investigación en ciertos lugares opera, en el mundo académico, como auténtico rito de paso transformador (¿bautismo académico?), que inviste de nuevas cualidades (¿adulterez científica frente a la minoría de edad?) a las y los neófitos. Pienso que aquí encontramos el campo más abonado para explorar el debate sobre la colonialidad de poder, en sentido en que lo explora el pensamiento decolonial y los enfoques como los de Lins Ribeiro y Escobar (2006), entre muchos otros¹¹.

Para esta cuestión específica, además, los estudios africanos resultan especialmente sugerentes. En este ámbito resulta de rigor haber “estado allí”, haber realizado trabajo de campo en África, aunque no se sea muy exhaustivo con la metodología etnográfica empleada (ya que, como he dicho, no todos los estudios africanos son antropológicos). Es decir, *haber estado allí* sí es un requisito (y ello determina, por ejemplo, que los estudiantes nórdicos, ya desde sus másteres, hayan de realizar al menos una breve estancia de terreno, para lo cual cuentan con una estupenda financiación). Sin embargo, no necesariamente tal estancia ha de constituir una etnografía exhaustivamente realizada; tales investigaciones a menudo serían consideradas *amateur* para la comunidad antropológica de los estudios de área. Un buen ejemplo de ello es la notable cantidad de estudiosos africanistas que no graban ni transcriben sus entrevistas, conformándose con el registro de breves notas. Sin entrar a valorar tal práctica

¹¹ Traté de estos y otros asuntos vinculados en un trabajo anterior (Massó Guijarro 2010). En cuanto a lo que se ha denominado la “cultura de las organizaciones”, relacionada con estas cuestiones, la obra de Corsín Jiménez (2007) constituye un estupendo exponente.

(que, dependiendo del contexto, puedo yo misma aprobar), desde luego no sería considerada ortodoxa por una buena parte de la comunidad antropológica más exigente o clásica.

Por continuar con el ejemplo de las investigadoras de países nórdicos en el ámbito africanista (ello no es baladí, ya que los países nórdicos destinan una ingente financiación a esta cuestión, de la que es buena muestra el Nordic Africa Institutet¹²), tales afortunados académicos suelen complementar sus estancias de terreno (en África) con las estancias en centros de investigación africanos (del país donde desarrollen trabajo de campo) y, muy especialmente, con estancias de investigación en centros punteros a escala internacional (preferiblemente, que se hallen entre los cien primeros del Ranking de Shanghai o análogos). De este modo perfilan óptima e impecablemente sus currículos africanistas. Ni que decir tiene que la financiación ínfimamente inferior con la que cuenta un investigador ibérico para conformar un currículo africanista dificulta su competitividad a este respecto, por cierto. A menudo se ha de elegir entre realizar la estancia en el centro puntero (que, salvo algún centro específico de Sudáfrica, nunca está en África) o bien poder realizar trabajo de campo en alguna región africana, ligada a alguna Universidad africana que, por descontado, ni huele el ARWU, lo que compromete, así, la competitividad del currículo de tal persona a la hora de acceder a plazas académicas a escala internacional.

Para acabar pisando la tierra: “y tú, ¿en qué área te evalúas de la ANECA?”. La interdisciplinariedad en la vida real

El comentario del último epígrafe sobre las plazas académicas nos conduce siempre, inexorablemente, a la realidad pragmática, a la pedestre cuestión del salario y el sostenimiento material de la vida. Finalmente, la pregunta definitiva podría ser “¿y tú, en qué área de la ANECA¹³ te evalúas?”. Porque esto de la interdisciplinariedad (o multi, o trans...) es formidable, fructífero, rompedor... sobre el papel, pero no se corresponde con las políticas actuales de evaluación de los currículos y candidatos. Y por ello no se corresponde, o al menos lo hace pocas veces, con la vida real. ¿De qué comeremos, de qué viviremos, si hemos aguantado hasta los cuarenta viviendo en precario con la economía de un postadolescente pero con las canas y la experiencia de alguien bastante menos joven? El tipo de plazas que se convocan, los perfiles, las evaluaciones... parecen desmentir en gran medida este gusto por la interdisciplinariedad. Y en cierto modo es comprensible. Cuando un especialista de algo en concreto evalúa un perfil interdisciplinar, solo encuentra ausencias, faltas, vacíos. Nunca es suficiente el elemento de su área que ha sido privilegiado. En cada campo faltan y sobran cosas. Ni siquiera las comisiones interdisciplinarias pueden resolver esta aporía, ya que, aunque su composición sea efectivamente tal, sus miembros no lo son.

A tales circunstancias podemos añadir que, con frecuencia, los baremos que establecen las universidades españolas para valorar los currículos de los aspirantes a las plazas que convocan contemplan un elemento llamado “afinidad”, factor numérico por el que se multiplica cada mérito correspondiente de la persona interesada para, en su caso, menguarlo si no fuera propiamente “del área”, según un criterio genuinamente discutible. Se establece por ejemplo la gradación 1 para mérito “del área”, 0,7 para mérito “afin al área” y 0,3 para

¹² El NAI, como indica su nombre, constituye un instituto nórdico de estudios africanos compuesto por Suecia, Noruega, Islandia, Finlandia y Dinamarca, con sede en Uppsala (Suecia) (<http://www.nai.uu.se/>).

¹³ Como es evidente, tanto la ANECA (Agencia Nacional de Evaluación de la Calidad y Acreditación) (España) como la ya mencionada ANEP constituyen instituciones *españolas* destinadas al incremento de la calidad en el ámbito científico y de docencia universitaria. Así, los siguientes comentarios son aplicables al ámbito español y no trasladables, seguramente, a otros contextos.

méritos de áreas sin afinidad alguna. Como resultará evidente, esta gradación abre un inmenso campo de discrecionalidad donde será bien polémico valorar la pertenencia al área o la mera afinidad en méritos que sean genuinamente interdisciplinarios. Lo cual, una vez más, penaliza sin ambages la interdisciplinariedad en asuntos vinculados a *ganarse el pan*.

El hecho de dónde se escoge (o se intenta) publicar (¿revistas de antropología, de filosofía... de estudios africanos... de generalidades...? ¿Y cuáles índices, cuáles indicadores de calidad...?), ya supone una estrategia de construcción de currículo, entre el éxito y la perversión, entre el *serlo* y el *parecerlo*, que nos conduce de nuevo a la pregunta de este curso: qué queremos decir cuando decimos interdisciplinariedad. En qué medida las disciplinas *nos disciplinan*, y nos castigan o nos interdicen si les somos infieles e incurrimos en este difícil brete que aquí debatimos.

Las encrucijadas son oportunidades pero también son maldiciones, si una no sabe salir de ellas con cierta celeridad. A menudo acosa el sentimiento de extranjería, de extrañeza, en todos esos “no-lugares” que son los congresos o los centros (las romerías o los santuarios) de disciplinas, áreas y campos que se tocan; esos *intestinos* entre los que se quiere vivir, pero que nunca son suficientes, y en los que nunca *se es* suficiente. La interdisciplinariedad suena bonita pero no es fácil ni amable. Estimulante, emocionante y hermosa, pero ciertamente ingrata. Esta misma intervención peca de hallarse en esa tierra de nadie, inhóspita, entre lo excesivamente personal o lo excesivamente político. En ella, como mucho, hemos infringido las reglas.

Referencias

- Amorós Puente, C. (1990). *Hacia una crítica de la razón patriarcal*. Buenos Aires: Anthropos.
- Anthias, F. (2012). "Beyond social categories: different levels of analysis and intersectional framings". Conferencia en el I Congreso Internacional FEMIGRA: Feminismo, migración e intervención social", Barcelona, 9-11 febrero 2012.
- Bourdieu, P. (2001). *El oficio de científico. Ciencia de la ciencia y reflexividad*. Barcelona: Anagrama.
- Bueno Martínez, G. (2006). "Reflexión filosófica sobre el Guión Vital de Eric Berne". En: F. Valbuena (ed.), *Eric Berne. Teórico de la comunicación* (p. 233-251). Madrid: Edipo S. A.
- Butler, J. (2008). *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. Barcelona: Paidós.
- Corsín Jiménez, A. (2007). *The anthropology of organisations*. Inglaterra: Aldershot Hampshire.
- Ferrándiz Martín, F. J. (2011). *Etnografías contemporáneas. Anclajes, métodos y claves para el futuro*. Barcelona: Anthropos.
- Grosfoguel, R. (2009). "Apuntes hacia una metodología fanoniana para la decolonización de las ciencias sociales". En: F. Fanon (ed.), *Piel negra, máscaras blancas* (pp. 261-284). Madrid: Akal.
- Husserl, E. (2002). *Lecciones de fenomenología de la conciencia interna del tiempo*. Madrid: Trotta.
- Lins Ribeiro, G. y Escobar, A. (2006). "Las antropologías del mundo. Transformaciones de la disciplina a través de los sistemas de poder". *Universitas Humanística* 61: 15-49.
- Massó Guijarro, E. (2010). "El postulado de la neutralidad versus la afirmación de la crítica. Meditaciones sobre antropología y epistemología". *Revista de Antropología Experimental* 10: 93-109 (<http://www.ujaen.es/huesped/rae/articulos2010/05masso10.pdf>).
- ___ (2011). "La lactancia materna como catalizador de revolución social feminista (o *apretando las clavijas al feminismo patriarcal*): calostro, cuerpo y cuidado". XLVIII Congreso de Filosofía Joven "Filosofías subterráneas", Donostia-San Sebastián, España, 4-6 mayo 2011.
- Mignolo, W. (2000). *Local histories / Global designs. Coloniality, subaltern knowledges and border thinking*. Princeton: Princeton University Press.
- Reynoso, C. (2000). *Apogeo y decadencia de los estudios culturales*. Barcelona: Gedisa.
- Spivak, G. Ch. (2010). *Crítica de la razón poscolonial: hacia una historia del presente evanescente*. Madrid: Akal.
- Villarme Requejo, S. (2012). "Innovación conceptual y activismo: a propósito del parto y del nacimiento normal". *Revista Ob Stare* 20.
- ___ y Fernández Guillén, F. (2012). "Sujetos de pleno derecho. El nacimiento como tema filosófico". En: E. Pérez Sedeño y R. Ibáñez Martín (eds.). *Cuerpos y diferencias*. México, Plaza y Valdés Editores.

Sobre el Autor

Ester Massó Guijarro

Ester Massó Guijarro es doctora por la Universidad de Granada, licenciada en Filosofía y en Antropología Social y Cultural por la misma Universidad, y Máster en Cooperación Internacional por las Universidades de Granada y de Santiago de Compostela. Ha realizado estancias de investigación en el Instituto de Ciências Sociais de la Universidad de Lisboa (Portugal), en la Universidad de Windhoek (Namibia) y el Nordiska Afrikainstitutet de Uppsala (Suecia). En la actualidad es doctora contratada en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas (Madrid). Ha participado y promovido distintos eventos de difusión científica, tanto nacionales como internacionales, y ha contribuido con su trabajo en diversas revistas de difusión internacional. Sus intereses de investigación se centran en los conflictos relacionados con las fronteras poscoloniales en África subsahariana y en las transformaciones ciudadanas que opera la diáspora migratoria subsahariana (especialmente la senegalesa). Desarrolla también un proyecto de investigación alternativo sobre lactancia materna, maternidades y feminismos.